

CAPITULO XLIV.

Como Sancho Panza fué llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á D. Quijote.

Dicen que en el propio original desta historia se lee, que llegando Cidé Hamete á escribir este capitulo no le tradujo su intérprete como él le habia escrito que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de D. Quijote, por parecerle que siempre habia de hablar dél y de Sancho, sin osar estenderse á otras digresiones y episodios mas graves y mas entretenidos, y decia que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sugeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor, y que por huir de este inconveniente habia usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente*, y la del *Capitan cautivo*, que estan como separadas de la historia, puesto que las demas que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo D. Quijote, que no podian dejar de escribirse. Tambien pensó, como el

dice, que muchos llevados de la atencion que piden las bahañas de D. Quijote, no la darian á las novelas, y pasarian por ellas ó con prisa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrará bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de D. Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz: y así en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan á declararlos: y pues se contiene y cierra en los estrechos limites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir: y luego prosigue la historia diciendo, que en acabando de comer D. Quijote el dia que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscara quien se los leyese; pero apenas se los hubo dado, cuando se le cayeron, y vinieron á manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de D. Quijote; y así llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron á Sancho con mu-

cho acompañamiento al lugar, que para el había de ser insula. Acaeció pues, que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del Duque muy discreto y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discrecion, el cual había hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores de como se había de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo pues, que acaeció que así como Sancho vió al tal mayordomo se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi, y volviéndose á su señor le dijo: señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy en justo y en creyente, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del Duque, que aquí está, es el mismo de la Dolorida. Miró D. Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado dijo á Sancho: no hay para que te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente (que no sé lo que quieres decir) que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo; pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que á serlo implicaría contradiccion muy grande, y no es tiempo ahora de hacer averiguaciones, que sería entrarnos en intrincados laberintos. Créeme amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de veras que nos libre á los dos de malos he-

chiceros y de malos encantadores. No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denantes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante á ver si descubre otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha. Así lo has de hacer, Sancho, dijo D. Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere. Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gaban muy ancho de camelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho á la gineta, y detras dél, por órden del Duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemania.

Al despedirse de los Duques les besó la manos, y tomó la bendiccion de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pulcheritos. Deja, lector amable, ir en paz y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber como se portó en su cargo; y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por

lo ménos desplegarás los labios con risa de jimia, porque los sucesos de D. Quijote ó se han de celebrar con admiracion ó con risa. Cuéntase pues que apenas se hubo partido Sancho, cuando D. Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comision y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la Duquesa su melancolía, y preguntóle que de que estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa, que le servirian muy á satisfaccion de su deseo. Verdad es, señora mía, respondió D. Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra escelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demas suplico á vuestra escelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva. En verdad, dijo la Duquesa, señor D. Quijote, que no de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mías, hermosas como unas flores. Para mí, respondió D. Quijote, no serán ellas como flores, sino como espigas que me punzen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo mere-

cerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiera mostrar conmigo; y en resolucion, ántes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude. No mas, no mas, señor D. Quijote, replicó la Duquesa: por mí digo que daré órden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella: no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor D. Quijote, que segun se me ha traslucido, la que mas campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuestra merced y vistase á sus solas y á su modo, como y cuando quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre estendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazon de Sancho Panza nuestro gobernador un deseo de acabar presto sus diciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora.

A lo cual dijo D. Quijote : vuestra allitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala : y mas venturosa y mas conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza , que por todas las alabanzas que puedan darle los mas elocuentes de la tierra. Ahora bien, señor D. Quijote, replicó la Duquesa, la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar : venga vuesa merced , y cenemos, y acostarése temprano, que el viaje que ayer hizo de Candaya no fué tan corto que no haya causado algun molimiento. No siento ninguno, señora, respondió D. Quijote, porque osaré jurar á vuestra escelencia que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo que le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin mas ni mas. A eso se puede imaginar, respondió la Duquesa, que arrepentido del mal que habia hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como á principal, y que mas le traia desasosegado vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con

el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran D. Quijote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió D. Quijote á la Duquesa, y en cenando, D. Quijote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle : tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse ¡ o desgracia indigna de tal persona ! se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policia, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha zelosia. Alligióse en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde una onza de plata ; digo seda verde porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo dijo : ¡ o pobreza, pobreza ! no sé yo con que razon se movió aquel gran poeta cordobés á llamarte dádiva santa desagradecida : yo, aunque moro, bien sé por la comunicacion que he tenido con cristianos que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe obediencia y pobreza ; pero con todo eso digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre,

sino es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos : tened todas las cosas como si no las tuviédesed : y á esto llaman pobreza de espíritu ; pero tú , segunda pobreza (que eres de la que yo hablo) ¿ por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos mas que con la otra gente ? ¿ por qué los obliga á dar pantalia á los zapatos , y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda , otros de cerdas , y otros de vidrio ? ¿ por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde ? (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos) y prosiguió : miserable del bien nacido que va dandos pistos á su honra , comiendo mal y á puerta cerrada , haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos : miserable de aquel , digo que tiene la honra espantadiza , y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato , el trasudor del sombrero , la hilaza del herruelo , y la hambre de su estómago . Todo esto se le renovó á D. Quijote en la soltura de sus puntos ; pero consolóse con ver que Sancho le habia dejado unas botas de camino , que pensó ponerse otro dia . Finalmente el se recostó pensativo

y pesaroso , así de la falta que Sancho le hacia , como de la irreparable desgracia de sus medias , á quien tomara los puntos aunque fuera con seda de otro color , que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrechez . Mató las velas , hacia calor , y no podia dormir : levantóse del lecho , y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardin ; y alabrir la sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin : púsose á escuchar atentamente , levantaron la voz los de abajo , tanto que pudo oir estas razones :

No me porfies , o Emerencia , que cante , pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo , y mis ojos le miraron , yo no sé cantar , sino llorar , cuanto mas que el sueño de mi señora tiene mas de ligero que de pesado , y no querria que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo : y puesto caso que durmiese y no despertase , en vano seria mi canto si duerme y no despierta para oirle este nuevo Eneas , que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnida . No des en eso , Allisidora amiga , respondieron , que sin duda la Duquesa y cuantos hay en esta casa duermen , sino es el señor de tu corazon y el despertador de tu alma , porque ahora sentí que abria la ventana de la reja de su estancia , y sin

duda debe de estar despierto : canta, lastimada mia , en tono bajo y suave al son de tu arpa , y cuando la Duquesa nos sienta le echaremos la culpa al calor que hace. No está en eso el panto , o Emerencia , respondió la Altisidora , sino en que no querria que mi canto descubriese mi corazon , y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor por doncella antojadiza y liviana ; pero venga lo que viniere , que mas vale vergüenza en cara , que mancilla en corazon ; y en esto comenzó á tocar una arpa suavísimamente. Oyendo lo cual quedó D. Quijote pasmado , porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras , semejantes á aquella de ventanas , rejas y jardines , músicas , requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerías habia leído. Luego imaginó que alguna doncella de la Duquesa estaba dél enamorada , y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese , y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso , determinó de escuchar la música , y para dar á entender que allí estaba dió un fingido estornudo , de que no poco se alegraron las doncellas , que otra cosa no deseaban sino que D. Quijote las oyese.

Recorrida pues y afinada la arpa , Altisidora dió principio á este romance.

O tú , que estás en tu lecho
Entre sábanas de holanda ,
Durmiendo á pierna tendida
De la noche á la mañana ;

Caballero el mas valiente
Que ha producido la Mancha ,
Mas honesto y mas bendito
Que el oro fino de Arabia :

Oye á una triste doncella ,
Bien crecida y mal lograda,
Que en la luz de tus dos soles
Se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras ,
Y agenas desdichas hallas ,
Das las feridas , y niegas
El remedio de sanarias.

Dime , valeroso jóven ,
Que Dios prospere tus ansias
¿ Si te criaste en la Libia
O en las mantañas de Jaca ?

¿ Si sierpes te dieron leche ?
¿ Si á dicha fueron tus amas
La aspereza de las selvas
Y el horror de las montañas ?

Muy bien puede Dulcinea ,
Doncella rolliza y sana ,
Preciarse de que ha rendido

A una tigre y fiera brava.

Por esto será famosa
Desde Henares á Jarama
Desde el Tajo á Manzanares,
Desde Pisuerga hasta Arlanza.

Trocárame yo por ella,
Y diera encima una saya
De las mas gayadas mias,
Que de oro la adornan franjas,

¡O quien se viera en tus brazos
O si nó junto á tu cama,
Bascándote la cabeza
Y matándote la caspa!

Mucho pido, y no soy digna
De merced tan señalada:
Los piés quisiera traerte,
Que á una humilde esto le basta.

¡O que de cofias te diera,
Que de escarpines de plata,
Que de calzas de damasco,
Que de herrerueros de holanda!

Que de finisimas perlas,
Cada cual como una agalla,
Que á no tener compañeras
Las solas fueran llamadas!

No mires de tu Tarpeya
Este incendio que me abrasa,
Neron manchego del mundo,
Ni le avives con tu saña.

Niña soy, pulcra tierna,

Mi edad de quince no pasa
Catorce tengo y tres meses,
Te juro en Dios y en mi ánima.

Y aunque es mi boca aguileña,
Y la nariz algo chata
Ser mis dientes de topacios,
Mi belleza al cielo ensalza.

Mi voz ya ves, si me escuchas,
Que á la que es mas dulce iguala,
Y soy de disposicion
Algo ménos que mediana.

Estas y otras gracias mias
Son despojos de tu aljaba:
Esta casa soy doncella,
Y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombró del requerido D. Quijote, el cual dando un gran suspiro dijo entre sí: ¡que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! ¡que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mia! ¿qué la quereis, reinas? ¿á qué la perseguis, emperatrices? ¿para qué la acosais, doncellas de á catorce á quince años? dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goze y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi cora-

zon , y entregarle mi alma : mirad , caterva enamorada , que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique , y para todas las demas soy de pederal : para ella soy miel , y para vosotras acibar : para mí sola Dulcinea es la hermosa , la discreta , la honesta , la gallarda y la bien nacida , y las demas las feas , las necias , las livianas y las de peor linage : para ser yo suyo , y no de otra alguna , me arrojé la naturaleza al mundo : llore ó cante Altisidora , desespérese Madama , por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado , que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado , limpio , bien criado y honesto , á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra ; y con esto cerró de golpe la ventana , y despechado y pesaroso , como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia , se acostó en su lecho , donde le dejaremos por ahora , porque nos está llamando el gran Sancho Panza , que quiere dar principio á su famoso gobierno.

CAPITULO XLV.

De como el gran Sancho Panza tomó la posesion de su insula , y del modo que comenzó á gobernar.

¡ O perpetuo descubridor de los antípodas , hacha del mundo , ojo del cielo , meneo dulce de las cantimploras ! Timbrio aquí , Febo allí , tira-

dor acá , médico aculla , padre de la poesia , inventor de la música , tú que siempre sales , y aun que lo parece , nunca te pones. A ti digo , o sol , con cuya ayuda el hombre engendra al hombre : á ti digo , que me favorezcas y alumbres la escuridad de mi ingenio , para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del gobierno del gran Sancho Panza , que sin tí yo me siento tibio , desmazelado y confuso.

Digo pues que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos , que era de los mejores que el Duque tenia. Díronle á entender que se llamaba la insula Barataria , ó ya porque el lugar se llamaba Baratario , ó ya por el barato con que se le habia dado el gobierno. Al llegar á las puertas de la villa , que era cercada , salió el regimiento del pueblo á recibirle : tocaron las campanas , y todo los vecinos dieron muestras de general alegría , y con mucha pompa le llevaron á la iglesia mayor á dar gracias á Dios , y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo , y le admitieron por perpetuo gobernador de la insula Barataria. El traje , las barbas , la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenia admirada á toda la gente que el busilis del cuento no sabia , y aun á todos los que lo sabian , que eran muchos. Final-

mente en sacándole de la iglesia le llevaron á la silla del juzgado, y le sentaron en ella, y el mayordomo del Duque le dijo : es costumbre antigua en esta ínsula, señor gobernador, que el que viene á tomar posesion desta famosa ínsula está obligado á responder á una pregunta que se le hiciere, que sea algo intrincada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador ; y así ó se alegra ó se entristece con su venida. En tanto que el mayordomo decia esto á Sancho estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabia leer preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuéle respondido: señor, allí está escrito y notado el dia en que V. S. tomó posesion desta ínsula, y dice el epitafio; hoy día á tantos de tal mes y de tal año tomó la posesion desta ínsula el señor D. Sancho Panza, que muchos años la goce. ¿ Y á quien llaman D. Sancho Panza? preguntó Sancho. A V. S., respondió el mayordomo, que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla. Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo Don, ni en todó mi linage le ha habido: Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo.

y todos fueron Panzas sin añadiduras de dones ni donas; y yo imagino que en esta ínsula debe de haber mas dones que piedras: pero basta, Dios me entiende; y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro dias yo escarde estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca ó no se entristezca el pueblo. A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador, y el otro de sastre, porque traía unas tijeras en la mano, y el sastre dijo: señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuesa merced en razon que este buen hombre llegó á mi tienda ayer, que yo con perdon de los presentes soy sastre escaminado, que Dios sea bendito, y poniéndome un pedazo de paño en las manos me preguntó, señor, ¿habría en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo tanteando el paño le respondí que sí: él debióse de imaginar, á lo que yo imagino, é imaginé bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinion de los sastres, y replicóme que mirase si habria para dos: adivínle el pensamiento, y díjele que sí; y él, caballero en su dañada y primera intencion, fué añadiendo

caperuzas, y yo añadiendo sies, hasta que llegamos á cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas, yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, ántes me pide que le pague, ó vuelva su paño. ¿Es todo esto así, hermano? preguntó Sancho. Sí señor, respondió el hombre; pero hágale vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho. De buena gana, respondió el sastre, y sacando encontinentemente la mano debajo del herruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo: he aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado uada del paño, y yo daré la obra á vista de vendedores del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso á considerar un poco, y dijo: páreceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varón, y así yo doy por sentencia, que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la cárcel, y no haya mas. Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero movió á admiración á los circunstantes, esta les provocó á risa; pero en fin se hizo lo que mandó el gobernador, ante el cual se presentaron

dos hombres ancianos, el uno traía una cañaheja por báculo, y el sin báculo dijo: señor, á este buen hombre le presté dias ha diez escudos de oro en oro por hacerle placer y buena obra, con condicion que me los volviese cuando se los pidiese: pasáronse muchos dias sin pedírselos por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenia cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga se os he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté, que ya me los ha vuelto: yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto: querría que vuesa merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios. ¿Qué decis vos a esto buen viejo del báculo? dijo Sancho. A lo que dijo el viejo: yo, señor, confieso que los presté; y baje vuesa merced esa vara, y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente. Bajó el gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad

que se le habian prestado aquellos diez escudos que se le pedian ; pero que él se los habia vuelto de su mano á la suya , y que por no caer en ello se los volvía á pedir por momentos. Viendo lo cual el gran gobernador preguntó al acreedor que respondia á lo que decia su contrario , y dijo que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad , porque le tenia por hombre de bien y buen cristiano , y que á él se le debia de haber olvidado el como y cuando se los habia vuelto , y que desde allí en adelante jamas le pediria nada. Tornó á tomar su báculo el deudor , y bajando la cabeza se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho , y que sin mas ni mas se iba , y viendo tambien la paciencia del demandante , inclinó la cabeza sobre el pecho , y poniéndose el índice dela mano derecha sobre las cejas y las narices estuvo como pensativo un pequeño espacio , y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo , que ya se habia ido. Trujéronsele , y en viéndole Sancho , le dijo : dadme , buen hombre , ese báculo , que le he menester. De muy buena gana , respondió el viejo : hele aquí , señor , y púsosele en la mano : tomóle Sancho , y dándosele al otro viejo le dijo : andad con Dios , que ya vais pagado. ¿ Yo , señor ? respondió el viejo ; ¿ pues vale esta cañaheja diez escudos de oro ? Si , dijo el gobernador ,

ó si nó yo soy el mayor porro del mundo ; y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino , y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hizose así , y en el corazon della hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados , y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomon. Preguntáronle de donde habia colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos ; y respondió , que de haberle visto dar el viejo que juraba á su contrario aquel báculo en tanto que hacia el juramento , y jurar que se los habia dado real y verdaderamente , y que en acabando de jurar le tornó á pedir el báculo , le vino á la imaginacion que dentro del estaba la paga de lo que pedian : de donde se podia colegir que los que gobiernan , aunque sean unos tontos , tal vez los encamina Dios en sus juicios ; y mas que él habia oido contar otro caso como aquel al cura de su lugar , y que él tenia tan gran memoria , que á no olvidársele todo aquello de que queria acordarse , no hubiera tal memoria en toda la insula. Finalmente el un viejo corrido y el otro pagado se fueron , y los presentes quedaron admirados , y el que escribia las palabras , hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendria y pondria por tonto ó por discreto.

Luego acabado este pleito entró en el juzgado una muger asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venia dando grandes voces diciendo : justicia , señor gobernador, justicia , y si no la hallo en la tierra la iré á buscar al cielo. Señor gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y ¡ desdichada de mí ! me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años há, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y estrangeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme. Aun eso está por averiguar si tiene limpias ó nó las manos ese galán, dijo Sancho, y volviéndose al hombre le dijo ¿ qué decia y respondia á la querrela de aquella muger ? El cual todo turbado respondió : señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia deste lugar de vender (con perdon sea dicho) quatro puercos, que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco ménos de lo que ellos valian : volvíame á á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cue-

ce, hizo que yogásemos juntos : paguele lo suficiente, y ella mal contenta asíó de mí, y no me ha dejado hasta traerme á este puesto : dice que la forzé, y miente para el juramento que hago ó pienso hacer, y esta es toda la verdad sin faltar meaja. Entónces el gobernador le preguntó si traia consigo algun dinero en plata : él dijo que hasta veinte ducados tenia en el seno en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase, y se la entregase así como estaba á la querellante : él lo hizo temblando ; tómolá la muger, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, con esto se salió del juzgado llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazon se iban tras su bolsa : buen hombre, id tras aquella muger, y quitadle la bolsa aunque no quiera, y volved aquí con ella : y no lo dijo á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos esperando el fin de aquel pleito, y de allí á poco volvieron el hombre y la muger, mas asidos y aferrados que la vez primera : ella

la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela, mas no era posible segun la muger la defendia, la cual daba voces diciendo: justicia de Dios y del mundo: mire vuesa merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de poblado y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme. ¿Y háosla quitado? preguntó el gobernador. ¿Como quitar? respondió la muger, ántes me dejara yo quitar la vida, que me quiten la bolsa: bonita es la niña, otros gatos me han de hechar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso: tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni aun garras de leones, ántes el ánima de en mitad de las carnes. Ella tiene razon, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mias no son bastantes para quitársela, y dejóla. Entónces el gobernador dijo á la muger: mostrad, honrada y valiente, esa bolsa: ella se la dió luego, y el gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada y no forzada: hermana mia, si el mismo aliento y valor que habeis mostrado para defender esta bolsa, le mostrárades y aun la mitad ménos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran

fuerza: andad con Dios y mucho de enhoramala, y no pareis en toda estaínsula, ni en seis leguas á la redonda, sopena de docientos azotes: andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaidora. Espantóse la muger, y fué cabibaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre: buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero, y de aqui adelante, si no le quereis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fué, y los circunstancias quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual notadó de su coronista fué luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando: y quédese aqui el buen Saucho, que es mucha la priesa que nos da su amo alborozado con la música de Altisidora.

CAPITULO XLVI.

Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió

D. Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

Dejamos al gran D. Quijote envuelto en los pensamientos que le habia causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos, y como si fueran pulgas no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que le faltaban de sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo cual visto por D. Quijote dejó las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino por encubrir la desgracia de sus medias. Arrojóse encima su manto de escarlata, y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde guarnecida de pasamanos de plata; colgó el tahalí de sus hombros con su buena y tajadora espada; asíó un gran rosario, que consigo contino traía, y con gran prosopopeya y contoneo salió á la antesala, donde el Duque y la Duquesa estaban ya vestidos y como esperándole, y al pasar por una galería

estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella su amiga; y así como Altisidora vió á D. Quijote fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pecho. D. Quijote que la vió, llegando á ellas dijo: ya sé yo de que proceden estos accidentes. No sé yo de que, respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en cuanto ha que la conozco: que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos: váyase vuesa merced, señor D. Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere. A lo que respondió D. Quijote: haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laud esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que yo pudiere á esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados: y con esto se fué porque no fuese notado de los que allí le viesen. No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora dijo á su compañera: menester será que se le ponga el laud, que sin duda D. Quijote quiere darnos música, y no será mala siendo suya. Fueron luego á dar cuenta á la Duquesa de lo que pasaba y del laud que pedía

D. Quijote, y ella alegre sobre modo concertó con el Duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese mas risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se habia venido el dia, el cual pasaron los Duques en sabrosas pláticas con Don Quijote: y la Duquesa aquel dia real y verdaderamente despachó á un page suyo, que habia hecho en la salva la figura encantada de Dulcinea, á Teresa Panza con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lio de ropa que habia dejado para que se le enviase, encargándole le trujese buena relacion de todo lo que con ella pasase. Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche halló D. Quijote una vihuela en su aposento: templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardin, y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel dia habia compuesto.

Suelen las fuerzas de amor

Sacar de quicio á las almas,

Tomando por instrumento

La ociosidad descuidada.

Suele el coser y el labrar,

Y el estar siempre ocupada,

Ser antídoto al veneno

De las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas

Que aspiran a ser casadas,

La honestidad es la dote,

Y voz de sus alabanzas.

Los andantes caballeros,

Y los que en la corte andan,

Requíerense con las libres,

Con las honestas se casan.

Hay amores de levante,

Que entre huéspedes se tratau,

Que llegan presto al poniente,

Porque en el partir se acaban.

El amor recien venido,

Que hoy llegó, y se va mañana,

Les imágenes no deja

Bien impresas en el alma.

Pintura sobre pintura

Ni se muestra, ni señala,

Y do hay primera belleza,

La segunda no hace baza.

Dulcinea del Toboso

Del alma en la tabla rasa

Tengo pintada de modo,

Que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes

Es la parte mas preciada,

Por quien hace amor milagros,

Y asimismo los levanta.

Aquí llegaba D. Quijote de su canto, á quien estaban escuchando el Duque y la Duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso desde encima de un corredor, que sobre la reja de D. Quijote á plomo caía, descolgaron un cordel, donde venian mas de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traian cencerros menores atados á las colas. Fué tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los Duques habian sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y temeroso D. Quijote quedó pasmado; y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra parecia que una legion de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba: la mayor parte de la gente del castillo, que no sabia la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse D. Quijote en pié, y poniendo mano á la espada comenzó á tirar estocadas por la reja y á decir á grandes voces: afuera, malignos encantadores, afuera, canalla hechiceresca, que yo soy D. Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones; y

volviéndose á los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas: ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno viéndose tan acosado de las cuchilladas de Don Quijote, le saltó al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor D. Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el Duque y la Duquesa, y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra, vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea: acudió el Duque á despartirla, y Don Quijote dijo á voces: no me le quite nadie, déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quien es D. Quijote de la Mancha. Pero el gato no curándose destas amenazas gruñia y apretaba. Mas en fin el Duque se le desarraigó y le echó por la reja: quedó Don Quijote acribado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habian dejado fenecer la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceite de aparicio, y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas

por todo lo herido, y al ponérselas con voz baja le dijo: todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y plega á Dios que se le olvide á Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la gozes, ni llegues á tálamo con ella, á lo ménos viviendo yo, que te adoro. A todo esto no respondió D. Quijote otra palabra sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los Duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca encantadora y cencerruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los Duques le dejaron sosegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á D. Quijote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.

CAPITULO XLVII.

donde se prosigue como se portaba Sancho Panza en su gobierno.

Cuenta la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpisima mesa; y así como Sancho entró en la sala sonaron chirimías, y salieron cuatro pages á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia mas de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pié un personage, que despues mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca tohalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante echó la bendicion, y un page puso un babador randado á Sancho: otro que hacia el oficio de maestra sala llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando con ella en el plato se le quitaron de delante con grandísima celerid; pero el maestra sala le llegó otro de otro